

El club aviario

CUENTOS DE PÁJAROS
LATINOAMERICANOS



ESCRITURA CREATIVA
OTOÑO 2023

El club aviario

El club aviario

Diana Rodriguez-Allende
Duvan Gulfo Perea
Sixta Chaverra Martinez
Flory Sanabria
Whitney Rodriguez
Oswaldo Medina-Ramírez
Isabella Arrazola

Clase de Escritura Creativa
Ave Barrera

CARÁTULA Y DISEÑO EDITORIAL
Isabella Arrazola

Coleccion privada de Ave Barrera

PRIMERA EDICIÓN
Universidad de la Florida,
Gainesville, 2023

Impreso en Gainesville

*Para Ave, gracias por compartirnos
un poco de tu magia.*





¿Y si lo mato?

Diana Rodríguez-Allende

Lo miré moverse por la cocina, tirando las puertas de los gabinetes con un resonante *bam, bam, bam*. El bullicio me subía la presión y lo que corrió por mis venas era magma. Lo escuché murmurar vulgaridades e insultos sobre mi madre como si el fuera pan de Dios, como si valiera oro. ¿Y si lo mato?

Miré el cuchillo clavado en su soporte e imaginé apuñalarlo en su corazón. Imaginé como su pecho se partía como cerámica y como se agrietaba el mismo. De su interior salía un orangután estúpido, rascando su cabeza y pellizcando su cuerpo en busca de pulgas. Porque eso es lo que él es. Un mono, una pulga, una garrapata, un parasito inútil. ¿Y si lo mato?

Miré a mi mamá vestida en su pijama, parada en una esquina con los brazos cruzados, escuchando atentamente al roedor lloriquear mientras corría de un lado al otro. No entiendo porque ella no lo deja. No se ha quedado por amor, ni por el dinero (ese animal está desempleado). Una mujer tan inteligente y educada, encerrándose en una caja con ese hombre sarnoso y ¿por qué? No entiendo. No entiendo y me molesta. Es un abusador obsceno que la trata como menos.

¿Y si lo mato?

Si el muere, ya se desapareció el problema. Quizás mi madre se entristecería, no por amor sino por pena. Pena de que mi hermana se quedara sin padre. Pero mejor ningún padre que uno abusivo y narcisista.

Dirigí la mirada a ese perro, ahora nos estaba gritando, mostrando esa estúpida vena en su frente. Imaginé como su cabeza se inflaba y luego explotara como un globo, sus sesos salpicando por toda la cocina. Eso sería un problema, después me tocaría a mi limpiar sus cerebros.

—¿¡Cómo es posible que no puedan mantener la cocina limpia!? ¡Las mujeres se supone que siempre tengan la cocina y el baño limpio!

No es la primera vez que dice esa estupidez. Me aguanté las ganas de rodear los ojos. Estaba agitando sus manos en el aire como un pájaro aleteando. Ojalá se le cayeran los brazos como un Ken doll para que tenga razón de ser inútil.

Le eché de reojo a mi mamá, sus manos estaban temblando y su rostro tieso. No sabía si era por furia o miedo. Eventualmente, después de abusarnos verbalmente, la rata se cansó. Se marchó al cuarto que compartía con mi mamá, pasando por su lado y rozando su hombro. Pasó un segundo de silencio. Después dos. Mi mamá, abatida, se dio media vuelta y se fue a su cuarto. Yo hice lo mismo.

Odiaba los días como estos. La gritería hacía que me arrancara los pelos. Me tiré mi cama, mi cara enterrada en la almohada e imaginé sofocarme para no tener que bregar con esta mierda.

Recuerdo el primer día que lo conocí. Nos reímos todos mientras cenábamos y supuse que vivir con él no iba ser tan mal. Yo y mis hermanos le hicimos todo tipo de preguntas y mi padrastro las contestó alegremente. El recuerdo me daba pique. Debí haberle apuñalado el tenedor en el mismo ojo ese entonces.

Nuestra burbuja de familia alegre explotó un martes, cuando él nos fue a recoger de la escuela. Mi hermana había dejado un calzón en el piso del baño y el idiota nos llamó puerkas sucias. Pero se lo deje pasar. No sabía que tan malas se iban a poner las cosas.

—¡Cállate!—le escuche gritarle a mi mamá en el cuarto de al lado. Qué bueno estaría arrancarle la lengua.

Me volteé a mirar el techo. Coloqué mis manos sobre mi pecho, dando mi mejor esfuerzo para calmarme. Inhalé profundamente y lo aguanté. Un estruendo sonó por toda la casa, y luego un silencio. Exhalé.

Las sombras de las ramas del árbol afuera de mi ventana se movían por el techo. Quería que diera fruto, aunque estaba casi segura de que más floral que de frutas. Ese árbol y yo éramos parecidos estancados y afectados por el tiempo. Ese árbol dentro de la guerra civil en la que vivía era mi única constante, sin poder hacer nada más que ser movidos por el tiempo.

Con los ojos abiertos reflexioné. Escuchar los estruendos por la casa me provocaban nervios, como si estuviera esperando que lleguen a mi puerta y me griten hasta llorar. Pensé en matarlo otra vez. Pero no. No puedo, por más quiera.

Las ramas se movían al son del sol y el viento y pronto

ya no decoraban mi techo. La oscuridad me envolvió, pero ahí me quedé. En mi cama, manos en el pecho, ojos al techo. La cacofonía producida por maltrato emocional eventualmente disminuyó, y el silencio tomo el mando. Así quisiera que fueran todas las noches. Con los párpados pesados me deje llevar del cansancio.

El sueño fue interrumpido a lo que supuse que eran altas horas de la noche. Unas ráfagas de viento sacudían mis persianas, pero circulaban una buena brisa en el cuarto. Lo que me alarmó fue el sonido resquebrajado proveniente del patio y después un *¡tan!*

Imposible, pensé. No puede ser.

Salí de la cama con un saltó, el corazón latiendo a mil, y corrí al patio. El árbol se tambaleaba de lado a lado y a su derecha estaba mi padraastro con un cigarrillo entre los labios, mirando petrificado como el tronco se iba partiendo lentamente. Quedé inmóvil.

Crack.

El crujido sonó de una y con eso cayó el palo. El gran palo que llevaba años estable, sobreviviendo contra sequías y huracanes. Un árbol con un tronco grueso, cayó y cayó fuerte sobre el cuerpo de mi padraastro, como un paso pesado sobre una cucaracha, agrediendo mis tímpanos y sorprendiéndome con un resalto. El grito se quedo atascado en mi garganta, como un a piedra y lo único que pude hacer era mirar.

El viento se calmó.

El hombre fue aplastado, cubierto casi completamente por las gruesas ramas.

Su brazo derecho era lo único al descubierto. No escuchaba nada. Lo que podía ver de él no se movía y me quede observando por un minuto más.

Nada.

Entré a la casa, encontrándome con el rostro de mi madre, quien me miraba silenciosa y seria.

—Acuéstate, que es tarde, me dijo—. Mañana hay clase.

Deconstruido: dejarse ir

Duvan Golfo Perea

En las profundidades del Chocó, entre la selva verde espesa y los ríos misteriosos, vivía un niño llamado Tanislao. Su espíritu inquieto y curioso lo llevaba a buscar aventuras más allá de las fronteras de su pequeño pueblo. Su familia, arraigada en la cultura y tradiciones de la región, había decidido hacer un viaje para conectar con sus raíces. Riosucio, con sus ríos caudalosos y su exuberante selva, era el escenario perfecto para una experiencia que marcaría sus vidas.

En el atardecer/crepúsculo de aquel Viernes Santo, el aire fresco de abril se mezclaba con el aroma a leña quemada, creando un escenario casi místico en la peleadera de la casa de Tanislao. Mientras las llamas danzaban hipnóticamente, las sombras de la familia se proyectaban sobre el suelo irregular, formando figuras que parecían cobrar vida propia.

En ese momento, las historias compartidas alrededor del fuego comenzaron a dar paso a una discusión más intensa y emocional. Las voces se elevaban y bajaban, como olas en un mar tormentoso, reflejando un desacuerdo latente que había estado hirviendo bajo la superficie de la cotidianidad.

Tanislao, con sus escasos once años, se sentía cada vez más asfixiado por ese aire cargado de palabras no dichas y reproches velados. Atrapado entre el deseo de participar y la sensación de ser invisible en el “mundo adulto”, comenzó a sentir una frustración creciente.

“*Siempre es lo mismo*”, murmuró, su voz ahogada por el ruido de la discusión. Sentía que esas reuniones familiares, en lugar de ser un refugio, se convertían en un escenario de luchas por el poder y la razón, lejos de las historias de aventuras que le gustaba imaginar.

Con una decisión que parecía venir de lo más profundo de su ser juvenil, Tanislao se levantó con cautela, evitando atraer la atención, y se alejó de la escena. Buscaba refugio en las orillas del río, donde el murmullo del agua prometía ser más amable que las palabras afiladas que se cruzaban en el hogar. En su caminar, la figura de Tanislao se fundía con la penumbra del bosque, como si él mismo se convirtiera en parte de una historia de aventuras, lejos de la tensión que envolvía su hogar.

Tanislao, con la caña de pescar de su abuela firmemente asida entre sus dedos, se aventuró en la espesura de la selva, guiado por el murmullo del río cercano. La luz del atardecer, que se colaba entre las hojas, jugaba con las sombras, y la brisa nocturna, aunque suave, llevaba consigo una tensión palpable, casi como si la selva misma respirara con expectación. Con cada paso, Tanislao se alejaba del calor familiar, adentrándose más en su propio mundo de aventuras y descubrimientos. El crujido de las hojas secas bajo sus pies marcaba el ritmo de su marcha, fusionándose con el sonido constante del agua que lo llamaba. Una mezcla de miedo y emoción se entrelazaba en su pecho al acercarse al río, su santuario secreto.

Al llegar a la orilla, Tanislao quedó cautivado por la danza de las corrientes bajo el brillo plateado de la luna. La frescura de la noche acariciaba su rostro, mientras sus ojos seguían el juego de los peces en el agua.

Una idea audaz surcó su mente: “¿Y si pescó algo para la cena y cambio el curso de la noche?”

Empuñando la caña de pescar con determinación, se sumergió en su nueva tarea. Pero al lanzar la línea, una corriente recorrió su cuerpo. De repente, una fuerza invisible lo arrastró hacia el río, y en un destello de luz, Tanislao se transformó.

Ahora era una criatura mágica, mitad niño, mitad ser de las aguas, una Madre-de-agua como las de las leyendas locales. Su nueva forma brillaba con los colores del río, y sus ojos destilaban la profundidad de sus aguas y secretos.

El miedo inicial de Tanislao pronto dio paso a la curiosidad y asombro. Mientras se deslizaba a través del agua, descubría una conexión única con el entorno, la corriente lo envolvía dulcemente, y los peces parecían saludarlo como a un viejo amigo.

—Mamá, encontré la libreta de Tanislao.

—Mamá: “Como te extraño mi niño, desearía tenerte en mis brazos una vez más...si tan sólo el rio no te hubiera llevado consigo.”

Coposeando momentos: la cita más importante de mi vida, por los pelos, una tarde de chicas

Sixta Chaverra Martinez

Hace un año

Mami

¿Pero dónde están las cremas? ¿Quién me cogió las peinillas? ¿Dónde está el gel? ¡Jesucristo! Llegaremos tarde al concurso. Vea, aquí está el peine, y las cremas, tanto que los busque, *si hubiese sido una culebra me pica...*

Este cabello no tiene arreglo, la manteca negrita se acabó, y estos gusanillos me están quedando torcidos. El vestido morado está perdido y los zapatos se despegaron, pero la pegaloca es la solución. Estas pinzas las compre un día antes del concurso pasado y a un están nuevecitas. *Mijaaa*, Julia tome sus pastillas con el néctar de popocho para que ese cabello se vea más lindo, ya la terapia es en ocho días. Ya le empaqué sus cremas, el espejo a su muñeca, las vitaminas, ¿Cómo qué no? ¿Dónde están las vitaminas?

Hoy

Lilian

Mami se ve angustiada y emocionada a la vez, camina de un lado a otro; toma muchas cosas y las vuelve a dejar en el mismo lugar. Busca sus gafas; pero ya las lleva puestas. Mami no encuentra las vitaminas, ni el jugo de popocho, pero ya no tenemos que ir a las terapias mami, ah, pero si tenemos nuestra cita. ¿Por qué mami busca las peinillas y la cremas? Ya no podemos volver al concurso de peinados. Me gusta sentir el calor de mami, mientras cantamos nuestra canción favorita: *niña tan bonita, preciosa gordita, la que fascinaba un chupaflor, un día de abril, su canto embrujó a Anaís*. Mami guarda comida, peines, ropa, mami guarda muchas cosas en esa maleta, mami me guarda a mí.

Mami

Mi preciosa Julia, cuanto tiempo sin verte, pareciese como si como si fuese hace un año, pero fue solo hace ocho días. Este domingo te asienta muy bien, te siento muy tranquila. Aunque tenga que verte cada ocho días, sé que ya no estas cansada, ni adolorida, no hay agujas, y eso me pone feliz. Pero, espera, no hablemos de eso, así como a ti, me emociona más mostrarte lo que he traído a nuestro compartir, no te afanes. Aquí, están las cremas para el cabello, tu peinilla morada y tu espejo de mariposas, ese cabello lo tienes muy alborotado. Claro, no podía olvidarme de las uvas, esas siempre las echo de primeras.

Nooo señorita, esas no se me olvidan, las vitaminas también, aunque no te gusten y con su néctar de popocho. Ohh, si, olvidé traerte tus pepas de cacao seco, pero tranquila mi nena, para nuestro siguiente

picnic, te las traeré. Uju, las tajadas de plátano están en el lado derecho del bolso. Ummm, te voy a hacer unas trenzas con pepitas en las puntas, amarrados con cauchitos. Ahhh verdad, no te imaginas como me gustaría poder peinar tu cabello. Mira, mi Lulia, aquí esta tu muñeca Lilian; ojalá pudieras, verla, tocarla y jugar con ella. Ojalá yo pudiera tocarte, abrazarte verte, ojalá pudiera trenzarte. Ojalá pudiera...

*Un día de abril, su canto embrujó
a Anaís y dio el chupaflor convertido
en rey de Ébano que venía
a llevarla al mundo de ensueños,
lleno de colores, el mundo feliz*

*y decía así Anaís y lloraba así Anaís
¿Por qué no volviste y no me llevaste
a tu mundo de colores tu mundo feliz?*

La buhardilla

Flory Sanabria

La señora María ya estaba mayor y su cuerpo se lo recordaba constantemente. Notó la vejez primero en su esposo que en ella. Un buen día vió levantarse de su cama no al joven fuerte y vigoroso de siempre, sino a una versión añejada de él, más cansado y con menos pelo. Para ella, los recordatorios del paso de los años al principio fueron sutiles. Le pasaba cada vez que tenía que decir su fecha de nacimiento, cuando miraba su reflejo en el espejo o si se sorprendía cantando alguna canción vieja. Con el pasar del tiempo, las señales fueron más directas, como el dolor en las rodillas y el olvido constante de las palabras, cosa que siempre le arruinaba el climax de sus relatos. Su esposo suspiraba con resignación cada vez que la señora María se interrumpía tratando de capturar la palabra, que se le seguía escapando. A menudo él intentaba echarle una mano adivinándola y sugería algunas que venían al rescate en su mente, pero eso no hacía más que crearle confusión y a veces terminaban discutiendo.

A pesar de la edad, la señora María gozaba de una determinación tal que la impulsaba a sacar adelante sus proyectos y a su familia. Años más tarde ese

mismo empuje le ayudó a superar la tristeza cuando enviudó. Al convertirse en madre, su vida se había llenado de ruido. Los llantos de la bebé Cecilia marcaron el final de una era de quietud que la señora María asociaba de alguna manera al vacío. Con el paso del tiempo sus hijas Cecilia y Alejandra crecieron, dejaron el nido y formaron sus propias familias.

De pronto, la casa grande que había heredado de sus padres, en la que creció tan sola como hija única, se sentía desolada otra vez, de palabras, de música, de risas, de te quiero. La infancia de la señora María había estado marcada por la soledad. Las idas y venidas de la pequeña María dentro de la casa grande, valiéndose de su condición de niña invisible, le permitían escabullirse para escudriñar a gusto cada mueble, cada cajón y cada rincón. Como suelen hacer los niños solos, la pequeña María había creado un mundo propio en sus juegos, con amigos imaginarios y aventuras fantásticas. La pequeña María sintió la soledad cuando niña y se prometió a sí misma que ningún niño se sentiría invisible en su presencia y que siempre iba a celebrar sus ocurrencias para que se supieran queridos y especiales.

Ella guardaba con amor el recuerdo de una abuelita afectuosa de cuando era muy pequeña que le había hecho llegar a esa determinación. Cuando jugaba, su mundo parecía iluminarse los ratos en que desataba su imaginación, y eso la hacía sentir menos solitaria. Pero al acabar el juego volvía el silencio y esa sensación hueca. Con el tiempo, la tristeza fue desprendiéndose de la soledad, la pequeña María se fue acostumbrando al silencio. Al casarse, y con la llegada de sus hijas, el silencio solo reinaba por las noches y era ahora un alivio en la casa grande. Esos años fueron los más felices de la vida de la señora María.

Cecilia y Alejandra, sus hijas, crecieron también en la casa grande, y salieron de allí el día de sus casamientos. Al irse la menor de las hijas, el silencio reinó intermitentemente. La señora María no le temía ya al silencio, como cuando era pequeña, pero extrañaba el ajeteo del tiempo en que las muchachas estaban solteras. Quedaron pues, ella y su esposo, pero esa compañía no duró y le tocó llegar sola a su vejez. Siendo ya una anciana, la señora María no tenía ya ánimo para hacer lo que antes le gustaba, como escuchar música, o ver programas. A veces se pasaba el tiempo revolviendo sus cosas y disponiendo de ellas, como queriendo dejar organizado y fácil el camino para sus hijas, para el día de su muerte.

Sus hijas la visitaban a menudo, al principio con sus hijos. Tiempo después, con los hijos de sus hijos. A menudo llegaban a la casa grande, pasaban un rato con ella y luego procedían a disponer o arreglar lo que fuera que la señora requiriera ese día. A menudo las llamaba para darles un legado que nadie quería, como la colección de enciclopedias, o las lámparas antiguas de la bisabuela. Ante las protestas replicaba: —Se lo quedan o lo botan, pero aquí no me lo dejen.

La señora María quedaba sola de nuevo pero rodeada de gente, con la familia dando vueltas por todos los rincones de la casa grande, llenándola de nuevo de vida. Por lo general, cuando eso pasaba, aparecía la pequeña Agus, que venía para pasar tiempo con ella. La niñita se pasaba por la buhardilla que conectaba el patio de luz con la antesala y llegaba pidiendo permiso para entrar.

—¿Se puede, abuelita?

—Pasá, pasá!

La señora María sentía mucha alegría al ver a Agustina. La pequeña siempre tenía algo nuevo para enseñarle a la señora María, un caracol, una piedra, un lápiz con la mina de varios colores. Pequeños tesoros. A ella esos objetos le provocaban una auténtica curiosidad y los contemplaba maravillada por un buen rato, como honrando el gesto de la pequeña Agus. Incluso los mantenía en su mano hasta que Agus se los pedía de vuelta para irse de nuevo, saliendo por la buhardilla.

Agus era la única que pasaba tiempo con la señora María. Esos momentos con Agus la hacían feliz, no sentía soledad alguna y se sentía querida. La niña a su vez le correspondía manifestándole de vuelta un profundo cariño. La abrazaba y la besaba y le tomaba la mano mientras hablaban. Claramente había una fuerte amistad entre ambas, a pesar que de la mayoría de sus conversaciones no habría tenido sentido, si alguien las hubiera escuchado. La señora María, en la nebulosa de sus años, de vez en cuando le preguntaba,
—Agus, ¿de quién sos vos?

—Mi mamá es Cecilia.

—¿Cecilia es tu abuela?—insistía la señora María, confundida.

—No, mi mamá- La señora María estaba confundida, su hija Cecilia no tenía una hija, solo hijos. Y si la tuviera, no sería tan pequeña. Algo no cuadraba. Pero ya estaba acostumbrada a que las cosas no le cuadraran, desde hacía años. Además los jóvenes cambiaban de pareja con facilidad, incluso sus parejas ya tenían hijos propios, así que optó por dejar en paz a la niña y no hacer más preguntas. No quería hacer a la niña explicar un rompecabezas familiar adulto, en el ratito en que estarían juntas. Hubo un

tiempo en que Agus comenzó a llegar sola.

—¿Quién te trajo?—le preguntaba la señora María al verla atravesar la buhardilla.—¿Está Cecilia aquí?

-Sí, pero vine sola. Y se sentaba a ver la telenovela con la señora María, algo que le encantaba hacer. Otra cosa que disfrutaban hacer juntas era ver fotos viejas. Agus hacía muchas preguntas y la señora María aprovechaba para insertar ahí una anécdota relacionada con la pregunta, siempre exagerando por aquí, editando por allá, todo por el bien de la historia.

Un día Agus cruzó la buhardilla por última vez, anunciando que ya no iba a poder visitarla como antes porque iba a comenzar a ir la escuela. A la señora María la noticia no le gustó, venía sintiéndose enferma y la compañía le sentaba bien. A pesar de la senilidad, en el fondo comprendía que el lugar de la niña no era junto a una vieja, escuchando sus chocheras. Ellas se abrazaron como siempre, la señora María le deseó mucha suerte en la escuela. Ese día al despedirse, Agus le dió una ranita de papel.

—Para que te acordés de mí—. Y le dió muchos besos en la frente. La señora María tomó la ranita de papel y la metió entre las páginas de su libro de oraciones.

Ese mismo mes su hija Alejandra la trasladara a vivir con ella en su casa. La señora María tenía una enfermedad crónica y ya no podía cuidarse sola. No se veía bien, su condición en vez de mejorar, parecía ir peor. Las hijas la cuidan alternándose para aligerar la carga, a la señora María se le acercaba su hora. Las hermanas ahora la cuidaban juntas y velaban el entresueño de la madre agonizante. Las hermanas llorosas, se susurran una a la otra,

—¿Quién será esa Agus que menciona?

—Será una amiga, una vecina, ¿yo qué sé?

La señora María dormita y va cayendo en un sopor denso y profundo en el que se ve a sí misma desde arriba, acostada en esa misma cama donde yace, con sus hijas haciéndole compañía.

Ve pasar su vida ante sus ojos hasta llegar al recuerdo de la buhardilla en la casa grande, donde vivía con sus papás, cuando vivía rodeada por el silencio y no era más que una niña invisible que inspeccionaba los rincones. Se ve a sí misma cruzando la buhardilla por un lado y saliendo por el otro, a otro mundo en esa misma casa, donde jugaba y se había inventado a una abuelita amorosa que se alegraba cuando la visitaba y le llenaba el vacío de su infancia.

Al morir la señora María, sus hijas recogen sus cosas. Una de ellas abre su libro de oraciones y encuentra la ranita de papel.

—Mirá—, se lo enseña a su hermana llorando.

Frente a la tumba de la señora María se encuentra su familia, sus hijas con sus esposos, sus nietos y sus familias.

La inscripción de la lápida dice “Aquí yace María Agustina Espinoza Paredes, hija de Don Horacio Espinoza y Doña Cecilia Paredes, descanse en paz”.

Los niños junto con sus padres ponen flores en la tumba. Una de las hijas de la señora María saca de su bolsillo la ranita de papel, la besa y la pone junto a las

flores, sobre la tumba. El muñequito llama la atención de uno de los pequeños.

—¿Qué es eso?

—Cositas que guardó la abuela desde pequeña.

Los cuervos de Quito

Whitney Rodriguez

Sabes que estás en Quito porque sientes como si una parte de tu cabeza está quemando y te pica, cuando la tocas te das cuenta de que es el filo de tus orejas congelado del viento helado y seco de las 23h00 pm. Ahora Quito ya no huele como a un pedazo de cubo de hielo y menta. Ahora Quito huele al humo que salen de las chimeneas de las fábricas en las imágenes sobre la revolución industrial de Gran Bretaña en el siglo XVIII en Wikipedia. Huele al hollín del smog en el trasero de los buses Catar, que al momento que salen del tubo del escape te hacen arrugar la cara y te lloran los ojos. Ahora huele a la fragancia del Quicentro mezclada con el olor de los tequeños que venden en la naciones unidas y el olor a axila de todas las personas que camina por la República del Salvador.

Dos horas antes de salir de mi casa pensaba muy bien en lo que iba a vestir. Está haciendo sol, podría ponerme el vestido gris ceñido que dio mi hermana por mi cumpleaños, pero en la app clima dice que estamos a 13 grados, bueno podría ponerme una chaqueta por si acaso, pero tengo que caminar unas 5 cuadras para tomar mi primer bus y después esperar en la parada por el siguiente como unos 10 minutos...

Es mucho tiempo en la calle. Tal vez me ponga esos jeans de algodón con mi buzo gris... pero es que será medio día y el sol pega muy fuerte, igual el vestido es manga larga y me veo muy bonita con el vestido. Al final me estoy vistiendo para mí, ¿no?

Ojalá los cuervos quieran devorar a alguien más en lugar de a mí hoy.

Salgo de casa escuchando el álbum del 2003 de Los Van Van, Llegó... Van Van. El lugar seguro cuando se sale a la calle siempre es la música. Ahí estaba el primero, me clavó los ojos en las piernas antes de extenderme la mano para recibir los 0.35 ctvs de mi pasaje. Pude sentir cómo se le calentaron las mejillas una vez que me di vuelta y el movimiento de mis nalgas bajo el vestido ventilaron el ambiente. No hay asientos vacíos. Bravo. Mientras voy caminando por el pasillo del bus veo a una señora que me mira las piernas espantada y se persigna. Una más a mi lista—pienso. Veo a otra a mi lado derecho que después de mirarme de pies a cabeza y torcerme los ojos, le dice algo a su compañera de al lado. Las dos se ríen después.

Mi chocolate empieza a sonar.

Veo a un grupo de tres, parados en el espacio para las personas con capacidades especiales. El movimiento de sus ojos me retumba en las orejas como el aleteo de los cuervos en San Francisco. Uno se pasa la lengua por el labio superior, el otro se agarra el pene y alcanzo a leerle los labios al otro: mamacita. Decido quedarme de pie dándole las espaldas a la señora que persignó. Ella es más segura que los cuervos del cuadradito. Mientras espero mi siguiente bus veo que se acercan otros dos. —Por favor, que no me digan nada, por

favor que pasen de largo— pienso. Pasan de largo, no sin antes acuchillarme con sus ojos y mientras uno camina abre sus piernas para darle paso a la erección que le da alas. No hago contacto visual, le subo el volumen a la música, y me muevo para un lado antes de que acerque su cara. Veo que el bus viene llegando, pero el semáforo le alcanza antes de que llegue a la parada.

Un Aveo gris del 2011 se para frente de mí, veo que bajan la ventana, me quito los audífonos creyendo que es alguien a quien conozco y este me dice: —Mamacita, necesitas que te lleve?— Rápidamente me paro más atrás. Empiezo a mover las piernas y a mirar de un lado para el otro. Nadie cruzaba la calle. Estaba yo sola en la parada con ese cuervo listo para volverme carroña humana. Retrocede el auto hasta donde yo estaba parada de nuevo, me pita y suelta nuevamente: —¿Cuánto cobras? Conozco un lugar cerca al que podemos ir—.

Empiezo a temblar. Me paro más atrás, me pongo los audífonos y subo más el volumen. Mierda de semáforo que justo ahora se demora cincuenta horas. Alcanzo a ver que voltea su cabeza y mueve sus labios. Se chupa el labio de abajo y me manda besos. Me sudan las manos y siento que me queman las orejas. Si le digo algo se baja del carro y me secuestra. Si le digo algo me insulta. Mierda por qué se demora tanto ese semáforo. El bus está aquí. Me subo, y la historia se vuelve a repetir.

Al final del día, pido un Uber. Son las 22h00.

Mientras le envió el recorrido de mi viaje a mi mami y a mi amiga, este, después de saludarme me dice: —¿Yendo a trabajar?

Cuando el Tempisque decidió desaparecer

Oswaldo Medina-Ramírez

¡Me cansé, me voy! Un jueves por la tarde el
Tempisque decidió desaparecer...

Eran las doce del mediodía, el sol comenzaba a calentar más que de costumbre, o tal vez lo sentía así, porque, aunque está, se supone es época de lluvia, no había caído ni una sola gota de agua en las últimas dos semanas. O bueno, tal vez sentía así de fuerte el sol porque hoy estaba fuera de la oficina, en el campo, midiendo cuánta agua tiene el río Tempisque, de hecho, con mis compañeros lo hemos venido monitoreando al menos una vez cada dos meses. Para tener una medición correcta navegamos el ancho del río en una vieja canoa que se nos había asignado. Junto con uno de mis compañeros comenzamos a remar, con nosotros llevamos Doppler, un equipo con el que se mide cuánta agua tienen los ríos, también lo llamamos el barquito, pues se parece a un pequeño barquito de plástico, con la diferencia de que tiene unos sensores todos extraños en forma de ojos gigantes que supuestamente nos dicen cuánta agua tiene el río. ¿Cuánto marca el barquito? – pregunté gritando a mis compañeras cuando íbamos a mitad del río. Ellas estaban en la orilla se encargaban de

registraban las mediciones del caudal del río. Marca cero, según esto no debería haber agua en el río, me contestaron gritando también. Condenado aparato me dije, recalibré el “doopler” y le di ese golpe que siempre se les da a las cosas cuando no quieren funcionar. Pregunté una vez más ¿Cuánto marca el barquito? – sigue marcando cero me dijeron mis compañeras, lo que significaba que no hay agua en el río, pero eso es imposible si ahora mismo estamos montados en una canoa navegando el río, de hecho, puedo ver que el río tiene un gran caudal, me atrevería a decir a simple vista que incluso el río este año tiene más agua que en años anteriores. Volví a preguntar, está vez con mayor insistencia: ¿cuánto marca el....? - No pude terminar la frase, cuando sentí un golpe muy fuerte y seco, y luego de aquello un silencio sepulcral. Levanté la mirada, me di cuenta de que el agua del río había desaparecido, nuestra canoa estaba estancada en el fondo de un profundo cañón, el Tempisque ya no estaba, había desaparecido, el sonido del agua se fue, había un silencio desesperante.

*

Mis antepasados me han dicho que desde muchas generaciones atrás nuestras aguas recorren todo este lugar hasta desembocar en el océano pacífico. Los humanos llaman a este territorio Guanacaste, a mí me dicen río Tempisque, aunque mis abuelos solían contarme que los humanos en el pasado, por cierto, muy diferentes a los que hoy habitan esta región llamaban a nuestras aguas Cipancí, pero bueno, hoy en día todos se refieren a mí como el río Tempisque. Hace 50 años muchos venían a visitarme y bañarse en mis aguas, niños y niñas, jóvenes, viejos de todo, también venían las señoras para lavar sus ropas y las de sus familias; pero ahora ya muy poco llegan, los que

si vienen, pero se quedan en la orilla son gentes que siempre hablan de mi como un objeto de estudio, que si tengo más o menos agua que el año anterior, que si mis aguas están contaminadas o no en fin. La verdad es que he sentido un gran cambio de unos años para acá, aguas contaminadas que salen de unas grandes estructuras que les llaman estructuras se mezclan con mis aguas, y la verdad muchas veces me he sentido muy enfermo.

Además, me he enflaquecido mucho últimamente a lo largo de mi camino hay unos aparatos muy grandes que absorben parte de mis aguas para la producción de caña y arroz principalmente. Algunos humanos dicen que es necesario y que para eso sirven mis aguas, para producir que si no se desperdician. Mis antepasados me dicen que es algo que debemos aceptar que es el “orden natural”. Yo realmente, no estoy tan seguro de eso, además me han contado que aguas abajo en el sur como por la mitad del mundo, vive un primo mío el río Vilcabamba, a los que los humanos le han dado derechos, sí derechos, es más hace poco ganó un juicio para que los humanos dejen de contaminarlo.

Entonces sí, he decidido darles una lección, un susto también, a los humanos que habitan estas tierras, me voy a ir, voy a desaparecer, pero tranquilos solo me voy de viaje, voy a ir a visitar a mi primo en el sur para saber cómo es eso de tener derechos.

*

Atónitos y sin saber lo que pasaba lo único que pudimos hacer es correr a una de las orillas para escalar, hasta lo que ahora era la cima de aquel gran cañón que se había formado luego de que el agua desapareció. La desaparición del río había

también revelado la gran cantidad de cocodrilos que el Tempisque albergaba en sus aguas, díganme loco, pero puedo asegurar que ellos también se miraban confundidos sin el agua. Llegamos a la cima, lo que era antes la orilla del Tempisque, mis compañeras se veían igual de confundidas que nosotros. Todos nos preguntábamos que había pasado, pues no había ninguna explicación lógica. Llame inmediatamente a mi jefe para comentarle lo sucedido.

¿Estás borracho? –me preguntó – déjeme le envié algunas fotos le respondí. Apenas recibió las fotos me llamó de vuelta – vengan de inmediato, acabo de llamar a una reunión de emergencia al resto de instituciones que se encargan del agua en esta región. Eso sí, me dijo – no se lo comenten a nadie, hasta tener todos los datos y resultados de esta reunión.

Llegamos a la oficina, todos estaban esperando por nosotros, en el proyector se presentaban las fotos que yo le había enviado a mi jefe. Ingenieros, hidrólogos, políticos, antropólogos, ambientalistas, empresarios, de todo un poco. Todos ellos discutían las posibles razones de la desaparición del río Tempisque. No pasó mucho tiempo hasta que comenzaron a echarse la culpa los unos a los otros. Los hoteleros culpaban a los ingenios productores de caña de azúcar por la extracción de agua del río que ellos hacen para sus cultivos. Los ingenios culpaban a los hoteleros por la contaminación de las aguas del río porque “todo lo botaban al río”.

Todos culpaban a las instituciones del gobierno por la descoordinación entre ellos y por la falta de controles ambientales por parte del estado. Los representantes de la comunidad, ah! – no, ellos no estaban en la reunión – no estaban porque algunos decían que si los

invitaban aún complicarían más las cosas.

Mientras ellos discutían, me acordé de un amigo especialista en el estudio de acuíferos, tal vez si hacíamos eso, ver lo que estaba pasando en el acuífero del Tempisque podríamos saber si tal vez sus aguas se infiltraron en la tierra, y eso tal vez sea una señal de que debemos dejar descansar por un tiempo al Tempisque. C

uando estaba a punto de llamar por teléfono a mi amigo, un presentimiento - que pasaría si en lugar de dejarlo descansar, mis jefes decide continuar extrayendo todas sus aguas? – pero igual mi amigo ya había contestado el teléfono, así que procedí a solicitar su ayuda.

*

Continuará...

Casa para dos

Isabella Arrazola

Eran las seis de la mañana, un día decembrino de esos en los que sopla un poco de brisa, para variar. Ya habían pasado cuatro días desde que Clara me dejase solo, en el apartamento y en nuestro matrimonio.

El silencio me estaba volviendo loco. No pensé que fuese a extrañar los gritos de la bruja de mi suegra llamándome un imbécil bueno para nada, o el sonido de las maletas arrastrándose contra el piso y Clara respirando con dificultad como si llevase el peso del mundo encima. Ahora no sonaba nada. Estaba solo en casa. Solo, con las moscas que rondaban el lavabo donde cuatro días de trastes se burlaban de mí. Tan solo, que, si no me levantaba de mi escritorio para prepararme algo, podría pasar días sin comer.

La verdad que no sé qué sucedió.

Al principio todo iba muy bien.

Clara y yo nos casamos hace diez años, creo, y ella siempre se encargó de todos los quehaceres en casa para que yo tuviera más tiempo para escribir mis novelas. Soy escritor, aclaro. Todavía no me han

publicado, pero estoy seguro de que pronto. Clara supo desde un principio mi compromiso con mi arte, y parecía estar bien con eso. Siempre tenía mis camisas planchadas y plisadas para que me sintiera profesional y competente. Una humeante taza de café marcaba el comienzo de mi día, y el tarareo de Clara cantando alguna estupidez mientras llevaba los quehaceres.

Todo siempre estaba en orden, limpio, oloroso. Hasta que empezó a no estarlo. Clara siempre me decía que yo nunca me daba cuenta de que pasaba a mi alrededor, porque siempre tenía la nariz en tintas y papeles. Pero un día sí me di cuenta, y fue el día que me levanté y no había café. Y yo no puedo escribir sin café.

— Clara! —llame—. Necesito mi café. ¿Me lo traes?

Clara se demoró un tanto en llegar, y anunció su presencia con un carraspeo. Volteé a mirarla. Solo podía ver parte de su silueta asomada en el marco de la puerta, y su cabellera rubia colgando hacia un lado cual sedosa cortina que me impedía verla del todo. Nos miramos por un par de segundos que se sintieron eternos. No sabía que pensar de su impassiva mirada, ni de sus marcadas ojeras con tinte verdoso. Mi voz interior solo reclamaba café.

—Estoy cansada, Esteban, y tengo mucho que hacer— me respondió. —Prepáralo tú.

Otro día, no encontré mi camisa favorita. Una de esas Ralph Lauren de algodón fino, de diminutas rayas azules. Siempre me la ponía para ir a llevar manuscritos a editoriales, y garantizado pasaba por lo menos a una segunda ronda. Y yo no puedo ir a llevar manuscritos sin esa camisa, claro.

—Clara! ¿Has visto mi camisa blanca con rayas azules? No la encuentro por ningún lado.

Ella asomó su cabeza, como de costumbre. —No te había dicho. La dañé.

—¿Cómo así?

—Planchando me quedé dormida y la quemé. Lo siento.—dijo. Mi corazón se aceleró.

—Maldición, Clara, ¿en serio? — grité, golpeando mis puños contra mi escritorio— Esa era mi camisa favorita, la de la suerte.

Ella solo me miró, fija y eterna, y dijo: —Estoy cansada, Esteban, y tengo mucho que hacer. Busca otra camisa.

Así siguieron las cosas. Como decimos por ahí, de mal en peor, y no me explicaba por qué. No es como si yo hubiese cambiado, si prácticamente todos los días tenía la misma rutina. Pero Clara cada vez se retraía más y más de mí. Un día cualquiera llegue a buscarla, porque eran las diez de la mañana y no habíamos desayunado. La encontré en la cama, arropada entre sábanas y edredones. Su mirada se posaba en el techo. Yo miré también, pero no encontré nada interesante.

—Hace hambre—le dije. Ya ni me dirigía la mirada. Casi no nos hablábamos.

Siempre me decía lo mismo: —Estoy cansada, Esteban.

Ese fue el principio del fin. Pasó un poco menos de una semana hasta que su horripilante madre llegase como un vendaval, arremetiendo contra todo a su paso

mientras, furibunda, recogía las pertenencias de Clara. Marta - o como siempre me hacía llamarla, Señora de Diaz - nunca me aceptó, cosa que me recordaba las pocas veces que nos veíamos. Ella me entregó a Clara una señorita, una niña de buena familia y buenos valores. Y yo, que me creí más que mi estatus socioeconómico, era un arribista, aprovechado y maleducado que nunca trataba a mis mayores de usted.

Todos los villanos de mis novelas se basaban en Marta.

Clara no pronunció ni una palabra durante todo el rato que su madre huracanada arrojó prenda tras prenda en las maletas de cuero con monograma C.E.D.

Clara Emilia Diaz. No quedaba duda que las maletas no eran mías. Todo el suceso duró más o menos media hora en la que Clara y yo, sentados a extremos opuestos de la sala, simplemente nos mirábamos. Me pregunte que estaría pensando ella. Sus ojos nunca revelaron nada. Abrí la boca varias veces para hacer preguntas, pero el orgullo me la cerró. Ella me estaba dejando a mí, no al contrario.

El monólogo de Marta se escuchaba de a piezas, como una ambulancia pasando. —...es un inservible! Yo tenía razón, pero nadie me quería escuchar...—Escuche la puerta del cuarto cerrarse de un golpe, y Marta cruzó hacia la cocina. —...y es que mírala! Tan enferma que se ve verde, que pecado.

Cuando ya estuvo todo empaçado y el taxi esperando en la puerta, por una milésima de segundo quedamos Clara y yo solos. Intenté tomarle la mano, pero al ver mi gesto se cruzó de brazos. —¿Por qué, Clara? Solo respóndeme eso—le reclame. —Y no me digas que es porque estas cansada.

—Es la verdad.

Y dicho eso, se fue.

Me quede solo en una casa para dos.

El primer día comí sobras de una lasaña que Clara había preparado. El segundo día, sumado en una profunda depresión artística, solo me dediqué a escuchar la radio. El tercer día intenté escribir, pero no me salió nada. Al cuarto día el desorden comenzó a cobrar vida propia. Y el quinto día me di cuenta de que Clara realmente no iba a volver, y que iba a tener ya que aprender a vivir solo.

Entonces regresamos al principio del cuento.

Empecé por hacer aseo en la cocina, ya que ni podía prepararme café de lo apilado que estaba todo. Entre fregar platos, ordenarlos, y pasar el trapo por encimeras sucias, se me hizo el mediodía y no había escrito ni una sola palabra de mi novela. Ni desayuno, ni almuerzo, ni trabajo, ni café.

Pasada otra semana me empezó a caer un cansancio extraño. Un híbrido entre dolor de espalda y somnolencia que no me dejaba en paz. Era el tiempo más largo que había pasado sin escribir, porque todo mi tiempo se empleaba en intentar mantener un orden y comer. Un día que estaba barriendo los pelos de la barba que me acababa de cortar, me di cuenta de que mis días de ser un *Sal Paradise* estaban en el pasado, y que mi nuevo rol era de Atlas, condenado a cargar el peso de esta vida sin Clara y sin poder encogerme de hombros.

El cansancio comenzó a evolucionar a un insoportable

catarro y cataratas de moco verde salían disparadas de mi nariz. Casi no enfermo, y cuando me caía algún mal Clara siempre tenía una olla de sopita de pollo caliente. Ahora la olla, empolvada, se burla de mí y de mi inhabilidad de cocinar algo que no sea espagueti con salsa de tomate. El catarro me obligo a tomar cama, no había de otra. Ya me salía hasta por los oídos.

No sé cuántos días pasaron, pero los suficientes para quedarme sin pañuelos y tener que reutilizar mis calzoncillos tres veces - derecho, revés, y derecho nuevamente. Ya me fastidiaba mi propio olor; una mezcla entre cebolla, sulfuro y desesperación. Con esfuerzo me levanté y caminé hacia el área de labores para enfrentarme a mi peor pesadilla: la lavandería. Escuchando a Clara hablar con las vecinas alguna vez, aprendí que había que separar la ropa blanca de la de color, y que la blanca había que despercudirla primero. El dato se archivó en mi biblioteca mental por si en algún momento se me ocurriese algún personaje ama de casa o empleada doméstica, pero quien creyera, termine utilizándolo yo.

Comencé remojando las prendas con manchas dudosas, restregándolas con un jabón azul que encontré por ahí. Mirando fijamente el agua arremolinándose con espuma me percate de que, extrañamente, el agua comenzó a pasar del color gris sucio a un tono verdoso que cada vez se hacía más intenso. Supongo que mirar tan fijo me causo mareo porque me sentí confundido y débil de repente. Pero cuando quise quitar mis manos del agua y concentrarme en otra cosa, con horror me di cuenta de que el que estaba tornando el agua hacia verde, era yo. Mis manos carcomidas estaban de un color verde aceitoso hasta la muñeca, y las puntas de los dedos se me habían derretido casi por completo. Un escalofrío

me recorrió el cuerpo mientras intentaba alejarme lo más posible del agua, pero mis piernas no cooperaron. Sentí como las paredes se cerraban a mi alrededor, tan aplastantes como el silencio de una casa para dos en la que ahora solo había uno. El lavabo se veía tan distante. Y yo cada vez más y más pequeño.

Perdí la movilidad. Mis piernas ya no eran piernas sino una aglutinación de tejido convertido en moco, y mis brazos pegados a mis costados no podían levantarse para pedir ayuda. Intenté hablar, pero la separación de mis labios solo produjo un mojado *glug* y nada más. No me quedo de otra que aceptar lo imposible. Me estaba derritiendo. Me arrastré como pude intentando llegar a la cocina, cual babosa dejando a su paso una estela de secreción. Ya casi ni podía abrir los ojos. Lo único que sentía era pesadez y cansancio.

Mucho cansancio.

Como si llevase el peso del mundo encima.

Mi última esperanza se manifestó en el tintineo de unas llaves y el giro de la perilla. La puerta principal se abrió lentamente. En el umbral apareció Clara, mi Clara, pero algo estaba diferente. Ya no poseía esa palidez enfermiza con la que la vi la última vez. Se veía rozagante, de hecho, pero como ya yo no podía abrir la boca no podía decirle ni eso, ni pedirle ayuda. Como siempre, su mirada gélida no me decía porque estaba ahí. Sus ojos nunca revelaron nada.

Pero su sonrisa, oh, su sonrisa.

Una mordaz sonrisa que cruzaba su rostro, toda dientes y encías. Una sonrisa que nunca flaqueó; una sonrisa que se burló de mí en mi lamentable situación.

En ese momento supe que mi muerte era inevitable. Ya lo que restaba de mi cuerpo estaba casi hundido contra el piso, y desde mi perspectiva babosa pude ver a Clara como una gigante. Por primera y última vez la percibí por encima de mí, pensando que, quizás, entre líneas se encontraba la razón de ser de todo esto.

Pero al final, yo no soy psicólogo, soy escritor.

O bueno, era.

Cómicamente pensé como me caería bien una última taza de café.

Y que mi novela nunca iba a ser publicada, entonces ni si quiera fui escritor.

—Yo te dije que estaba cansada, Esteban, y no me escuchaste—me repitió. —Ahora ya es tarde, y mi último quehacer en esta casa va a ser trapeararte.

SIXTA CHAVERRA MARTINEZ



ISABELLA ARRAZOLA



OSWALDO MEDINA-RAMIREZ



AVE BARBERA



DIANA RODRIGUEZ-ALLENDE



DUVAN GULFO PEREA



FLORY SANABRIA



WHITNEY RODRIGUEZ

